

DOMINGO MANFREDI CANO

UN ANDALUZ EN LA
ISLA DE GOMERA



AULA DE CULTURA DE
TENERIFE
1959

UN ANDALUZ EN LA ISLA DE GOMERA

DOMINGO MANFREDI CANO

09760
N.º C. 752815

BIBLIOTECA C...

UN ANDALUZ EN LA ISLA DE GOMERA



AULA DE CULTURA DE
TENERIFE
1959

Publicaciones patrocinadas por el Excmo. Sr. Gobernador Civil

Dirigidas por Alfredo Reyes Darías

PREÁMBULO

Don Miguel de Unamuno, extraordinario viajero, dejó dicho que a su juicio hay dos modos de traducir literariamente un paisaje: de un lado, describirlo con pelos y señales, minuciosamente, fotográficamente; de otro, dar cuenta al futuro lector de la emoción que ante el paisaje sentimos en el momento de enfrentarnos con él. De estos dos modos, yo elijo el segundo, el más acorde con mi intención al decidirme a traducir literariamente mi viaje a la Isla de la Gomera, en el verano de éste año de gracia de 1959.

No tomé notas sobre el terreno. Confié a mi memoria lo que fui viendo y lo que me fueron explicando. Estaba seguro de que lo que se me olvidase no valdría la pena ni aunque lo hubiera tomado letra por letra, y en cambio lo que recordara cuando me sentase ante mi máquina de escribir sería de verdad lo que tendría importancia. Por eso no llevé al campo más que mi máquina fotográfica, mis ojos muy abiertos, mis oídos atentos, mi corazón listo para captar las bellezas donde quiera que fueren apareciendo. Mis guías no pudieron ser mejores, más amables y mejor enterados. Don Manuel, don Carlos, don José, don Miguel, don Antonio y don Roberto. Queden los apellidos en la sombra, y caiga sobre sus nombres el peso de mi gratitud.

Algún día estará en los escaparates mi novela sobre la Isla de la Gomera. Ahora sólo quiero dar, en este breve trabajo, un

adelanto de la impresión personal que obtuve en mi visita a la «isla de los valles», como la llamó un poeta. Y porque sin su ayuda no hubieran sido posibles ni el viaje, ni la novela, ni este trabajo de hoy, conste aquí mi gratitud personal a don Santiago Galindo Herrero, que aún en su persona al político y al escritor, cualidades que si por separado merecen el sacrificio de toda una vida, juntas representan lo que humanamente está más cerca de la perfección. Porque cuando el político se llene los ojos con demasiada luz, el escritor le llevará la caricia de una sombra; y cuando el escritor se deje ganar por la calentura, el político refrescará su frente. Acaso los más grandes políticos de la Historia de España hayan sido aportados por la comunidad de hombres de letras, y nadie sería mecenas de los artistas y de los poetas si no tuviera en la sangre un poco o un mucho del fuego creador.

Nunca encontré en parte alguna del mundo más cordialidad que en la Isla de la Gomera. Conste aquí también esta circunstancia, la que más distingue esta isla de los demás territorios españoles. Porque anduve por sus caminos, y descansé en sus pueblos, y hablé con sus hombres, y pregunté y fui y vine por todas partes, puedo dar fe de que jamás hallé gente más cordial, más amable, ni más entrañablemente española. Estoy ahora a dos mil kilómetros de ellos, pero parece que les veo en la plaza laureada de San Sebastián de la Gomera, en la playa de Hermigua, en el risco de Agulo, en lo alto de Chipude, en el Valle Gran Rey, en el campo de Alojera, en la cumbre impresionante del Garajonay... Para todos, un recuerdo constante estará presente en mi vida, y cuando estas páginas, y las de otros libros o trabajos periodísticos que sobre la Gomera escribiré si Dios quiere, sean leídos hoy, mañana, cuando sea, por un gomero, quisiera que le llevaran desde donde quisiera que yo esté la seguridad de mi amistad y de mi admiración por su isla, sus bellezas, sus realidades y sus esperanzas.

ESTO VI...

A pie subimos por el Barranco de la Villa. El paisaje es allí típicamente gomero. En algunos trayectos el barranco se hunde hasta el fondo de la tierra, como una brecha abierta por un hacha tremenda. En ese barranco hay ya dos presas: la de Iscagüe y la de Palacios. En el paisaje abrupto, aterrador a veces, consuela el ánimo encontrarse con aquellas obras del hombre, medidas y pensadas, geométricas y claras, contraste con la anarquía de las formas y del color de las piedras viejísimas, testigos de las erupciones volcánicas del principio del mundo.

Algunas mujeres subían barranco arriba, ligeras como corzas, llevando sobre la cabeza haces de leña o cestos bien repletos. Habían venido por la mañana a la Villa para vender y comprar, y ahora encontraban en la ladera los caminos y las veredas por los que en pocos minutos nos dejaban atrás, saludándonos con la mano antes de trasponer las crestas. Me explicó don Carlos que estas mujeres, que pasaban cada día por aquellos caminos bordeando el precipicio sin sentir vértigo ni temor alguno, buscaban caminos nuevos cuando el embalse convertía el fondo del barranco en lago artificial.

Sentían miedo de caer al agua, y no lo habían sentido nunca de caer rodando al barranco profundo, sembrado en sus laderas de piedras como cuchillos. Quizás vivían en La Laja, en Chajelices, en Lomito Fragoso, en el Jorudo o en Ayamosna. Habían suspirado sus abuelos por el agua, y

ellas eran ahora testigos del milagro teniendo el agua allí, a la mano, abundante como un remedo del mar, y sin embargo dándoles miedo. Eran temerosas del agua desconocida, y no sentían temor alguno del precipicio seco que había sido desde siglos vena rota por donde se fuera al océano el agua que llovía o manaba, luego necesaria cuando ya no había manera de recuperarla.

Más arriba está el Barranco del Cedro, donde va a construirse un embalse, quizás el mayor de cuantos ha de tener la Isla. Para llegar al lugar del emplazamiento de la nueva presa se ha hecho preciso la construcción de una carretera o pista. Yo fui por ella, tanto en los trayectos en que ya permitía el paso de vehículos, como en aquellos otros en que apenas señalada sobre la ladera exigía de mis piernas, hechas ya por fuerza de la costumbre a la comodidad del asfalto, esfuerzos y equilibrios para no caerme rodando hasta donde no quisiera. La carretera que me llevó al valle, playa y pueblo de Hermigua, pasados los túneles, me fué ofreciendo un juego de paisajes bellísimos, quizás los más hermosos que yo hubiera vista jamás.

Por Los Aceviños fui a la Presa de Palmita, en Cañada Grande, balcón sobre Agulo. Desde allí miré en el fondo del anfiteatro gigantesco las tres porciones urbanas del pueblo, rodeadas del verde de las plataneras, al borde del mar. Mirando al interior de la Isla, admiré en la lejanía la línea brava de Lomo Blanco, adiviné la Ermita de Nuestra Señora de Lourdes y la de Nuestra Señora de Guadalupe, señalé sobre el cielo las eminencias del Lomo del Lorito Plantado y del Alto de Tajaracume, y encima de todo, como un Teide menor, descubrí la cúspide del Pico de Garajonay con sus mil quinientos metros de altitud. Quise bajar desde la Presa al pueblo por el Risco, pero no me dejaron.

Cuando bajé por la carretera y miré al Risco desde Agulo comprendí por que me habían impedido venir desde la Presa hasta la playa jugándome inútilmente la vida. Habíamos pasado por El Espigón y el Alto de la Majada, y el

duro paisaje gomero había ido dando a mi memoria nombres bellísimos, inolvidables: allí lejos la Banda de las Rosas, la Rosa de las Piedras, Garabito, Buenavista, los Zarzales, Lamargada... Y más cerca, la Playa de la Sepultura, Agua dulce, Laja del Infierno. Abajo ya, en el pueblo de Agulo, aquel murallón terrible que limita el contorno por la banda de tierra, como diría un marinero, me dió tema para meditar sobre posibles explicaciones del carácter y ánimo de los gomerós.

El pueblo está en el fondo de un cráter, al que le falta una parte que seguramente se hundió en el mar cuando la última catástrofe. Chorros de agua caen constantemente como pequeñas cascadas desde lo alto del Barranco, y me enseñaron fotografías de aquellos chorros, hinchados hasta hacerse cataratas, en días de tormenta, cuando la Presa de la Palmita no estaba todavía allí para regular las aguas. Bordeando el mar va la carretera hasta Hermigua, y desde el pueblo se ve abajo la playa y el viejo armatoste de hierro que servía antaño para la carga y descarga de mercancías y frutos, cuando no existía el Puerto de San Sebastián de la Gomera, ni se habían construido las carreteras que hacen posible el transporte.

Vi de cerca en los valles la heroica agricultura gomera. Vi como el hombre, inponiéndose a la naturaleza, venciendo a la piedra, ha ido construyendo sus escaleras de banales, sembrando en ellos como en macetas, regando como si el agua fuese manando de sus venas, cuidando sus plantas como un jardinero cuidaría los rosales exóticos que pueden quemarse con un soplo de viento. Frente a Hermigua, el Enchereda con sus mil y pico de metros no deja ver Punta Majona. Bordeando su ladera llega al mar el barranco que se hace en el litoral Playa y Fuente de Tejigüel. De Monteforte a Vistaalegre, no he visto Valle más bonito.

Por otros caminos, desde Vallehermoso subí hasta Arure. De la banda del mar me dejé lejos la Punta de los Organos, la Playa de Santa Catalina, la Punta del Peligro y

la Playa de Alojera. Más cerca, el Tejeleche, Epina, Teselinde, el Alto de los Chiquerillos y el Barranco de los Guanches. Una carretera nueva unirá, une ya, la carretera de Arure con la comarca de Chipude. Allí están El Cercado, Junco, Fortaleza, Las Hayas y el propio Chipude, en un escenario que corona la masa impresionante del castillo de piedra natural, que semeja nn viejo teocali mejicano alzado allí por las convulsiones de la Naturaleza para sugerir a los primitivos guanches la idea del culto, a un dios todopoderoso que podía arrasarles la isla con una tempestad o regalarles cosechas y buenaventuras.

Entre Vallehermoso y Aure, el Bosque. Árboles medianos, sombra fresquísimas, casi fría. Desde el Bailadero de Epina, un espectáculo impresionante: el Valle de Alojera. De punta a punta del Bosque, las hayas y los brezos, los barbuzanos de madera negra, los viñátigos y los laureles, que llaman «loros». Escondidos en el Bosque, conejos y perdices, palomos torcaces. Un palomo rabiche, especie rarísima que casi no hay en parte ninguna, excepto en alguna isla lejanísima donde los naturalistas dicen que le han vuelto encontrar después de verle en la Gomera. Es grande, oscuro, con una raya blanca en la cola, y desde luego no lo hay en la península. Los cazadores curiosos podrían encontrar sabinas, ese arbusto que antes fué árbol, cuando la Isla no había sido barrida por los volcanes; el berode o la berode, esa rosa verde, como un cactus caprichoso; el mocan, la cereza minúscula; la orchilla, un liquen que sirvió un día para obtener tintes...

Desde Arure fuí a Valle Gran Rey. La carretera baja pegada al costado interior del terrible barranco de Retamal. Obra espléndida de ingeniería, sobrecoge al más avezado, y cuentan que el señor Obispo prefirió hacer el camino a pie algunos trayectos, encogido el ánimo por el precipicio. Confieso que tuve miedo, porque desde la ventanilla del coche veía allá abajo la boca negra y calcinada, como la entrada de un gran horno, que impresionaría al más templa-

do. El espectáculo de Valle Gran Rey desde aquella altura merece el solo el sacrificio de un viaje de dos mil kilómetros, y su playa es una de las más bonitas de la Isla. Realmente, aquel contorno, el mar, la arena, el cielo, son invitaciones tentadoras al descanso. Verde por todas partes, agua en todos los rincones, Valle Gran Rey podría ser escenario para una película que buscara la representación plástica del Paraíso.

Don Pedro, Delegado del Gobierno, quiso ofrecerme un espectáculo inédito para mí, y me acompañó en una falúa hasta San Sebastián de la Gomera. Desde el mar, contemplé maravillado el Roque de Iguala, Punta de la Dama, Playa de la Rajita, Playa de la Negra, Cueva del Obispo, la Caleta de la Jarrita, Punta del Becerro, Playa de Santiago, Playa de Tapahuga, Punta Gorda, Playa del Cabrito... En todas partes el mismo contraste: la soledad y el ruido, el campo reseco y el valle verde, el litoral arisco y la playa tentadora, el roque amenazador y la fábrica de conservas o salazones. La falúa dejó atrás algunos barcos pesqueros que esperaban su turno de salida junto a las factorías, y desde abordó pude ver allá lejos, mar adentro, las pequeñas embarcaciones que al atardecer iniciaban sus faenas de pesca que durarían ya hasta el día siguiente.

Me asomé temeroso a la Cueva del Secreto, donde los guanches se juramentaron para matar al Conde, y escuché admirado la leyenda del padre que ahogó a su hijo porque era el único que estaba tentado de traición. Oí la leyenda de Tamargada, del buque holandés, de los naufragos que levantaron un pueblo y lo cercaron de indiferencia y de silencios. Estuve un rato grande mirando las cuatro capas basálticas del Risco de la Cruz de la Horca, en San Sebastián, donde se aprecian con claridad una sobre la otra las cuatro corrientes de lava que con distancia de siglos corrieron sobre la Isla. Leí en alguna parte que aquel suelo de la Gomera tiene hierro, ágata, racimita, ópalo, sulfato y carbonato de cal, aragonita, mica, feldespato... ¿Y plata y

oro, no tendrá? ¿Qué se encontraría llegando hasta el fondo de la Cueva encantada de Vallehermoso, donde nadie ha podido llegar jamás? ¿Por qué no pensar que habrá allí dentro tesoros, escondidos por piratas de pata de palo, o mejor, los esqueletos de dos amantes guanches, lejanos héroes al estilo de los amantes de Teruel?

Todo en la Gomera está lleno de misterio. Es necesario que alguien recoja una por una las leyendas orales que acabarán perdiéndose. Hay que escribir minuciosamente, oída de labios de los viejos, la leyenda del Conde, de la Cueva, del Secreto, del barco holandés náufrago, del Bósque y de los Valles. Hay que escribir las leyendas piadosas que han sobrevivido junto a los santuarios gomeros: de Guadalupe, de las Nieves, de Lourdes, de San Buenaventura, de Santa Clara, de Santa Lucía, del Carmen. Hay que preguntar a los magos del interior lo que recuerden de sus tradiciones, lo que hayan oído contar a sus abuelos, lo que ellos mismos hayan visto en su infancia. Hay que recoger de los pescadores las historias de barcos fantasmas y de extraños viajeros llegados a lomo de delfines, atunes o ballenas. Hay que levantar con todo ello el monumento literario que la Isla de la Gomera está necesitando.

Porque los caminos y los embalses, los periódicos y los libros, las escuelas y las maquinarias empujan a los pueblos hacia adelante con tanta fuerza que se olvidan por completo de lo que dejan atrás. Junto a los ingenieros, a los hombres de industria, a los maestros, a los artesanos, es preciso que ande y viva, aunque parezca que no hace sino vagar, el poeta, el hombre que recorre atento los caminos, sube a los poblados, baja a los valles, duerme en el bosque, sale a pescar, y en todas partes va recogiendo esas historias y leyendas y recuerdos que si se pierden serán tan imposible de reconstruir como lo es hacer que vuelva al barranco el agua que salta por encima del embalse y se escapa a perderse en la mar.



...Y ESTO SE ME OCURRE

a) EL AGUA

EN un estudio titulado «Perspectivas de la economía canaria», redactado por el Consejo Económico Sindical, consta que «en la Isla de la Gomera se han realizado una serie de obras de embalses para aprovechar las aguas de escorrentía en sus numerosos barrancos, pero deberán construirse más embalses, complementados por canales, para un mejor aprovechamiento y distribución de las aguas, pues reúne excelentes condiciones para esta clase de construcciones».

Como yo he visto las obras realizadas y he acompañado a los ingenieros hasta los lugares donde van a iniciarse las nuevas, se que la solución del problema del agua está en vías de resolución en la Gomera. Para los campesinos andaluces, gallegos o levantinos, el agua puede que sea también un problema, pero nunca será de la misma índole que lo es en el archipiélago que llaman Afortunado. Toda la literatura que en otras regiones se ha hecho y puede hacerse alrededor de las minas, el sacrificio de los mineros y la transformación social y económica que para una comarca podría acarrear el descubrimiento de una veta de oro, se hace en las islas alrededor del descubrimiento de un manantial.

Recuerdo la emoción con que me contaban un día la dramática historia de los cuatro canarios que encontraron la muerte en la galería que estaban abriendo en Vilaflor de Chasna, en la isla de Tenerife. Costará trabajo a quienes

no lo sepan creer que esa mina de agua tenía ya dos mil metros de galería abierta, y que los buscadores de agua bajaban cada día con sus tubos de aire y sus caretas como bajan en Asturias los mineros del carbón. Otros me contaban la aventura de los buscadores de agua que en el Barranco de Masca trabajaban como águilas abriendo túneles en la roca viva colgados sobre el abismo impresionante. El agua y quienes la buscan tienen aquí sus leyendas y sus historias, porque sólo lo que siendo necesario es de difícil adquisición merece la gloria del romance entre los hombres.

¿Dónde está el agua? No siempre la perforación se hace en sentido vertical, sino que lo normal es hacerla en sentido horizontal. ¿Por qué? La respuesta está impregnada de misterio y de leyenda. Quizás hay en el corazón de las islas grandes bolsas llenas de agua, como pompas de jabón que se quedaron huecas durante los horribos cataclismos que sufrió el Archipiélago. En La Gomera ha surgido agua cuando se perforaba el suelo para otros fines. Inesperadamente ha saltado hacia el cielo el chorro de oro líquido, con la natural alegría de los gomeros.

Uno de ellos me explicaba el misterio de que muchos de los pozos de la isla sean submarinos, es decir, que estén a más bajo nivel que el mar inmediato, y sin embargo tengan agua dulce y potable. ¿Cómo se explica esa maravilla, y la de los pozos artesianos, en un suelo aparentemente reseco, hecho de piedra lávica, donde hay sitios en que ni siquiera ha podido brotar la retama, dura y bravía? Nadie lo sabe a ciencia cierta. Al menos, nadie ha dado una explicación satisfactoria. Lo cierto y verdad, porque es evidente, es que en el subsuelo gomero hay agua abundante, y que habiéndola todo se reduce a conseguirla, distribuirla y administrarla para beneficio de los campos y las personas de la isla.

En un estudio sobre el agua en las Canarias he leído esta afirmación, quizás demasiado optimista: «En la Gomera no hay pozos ni galerías porque en realidad no existe el problema de las aguas de riego. La conformación cónica de

la isla y su espesa población forestal a base de lauráceas —tilos, etc.—permite a la floresta recoger por condensación las aguas de la atmósfera, que se reparte luego en las tierras que la precisen.» Digo que la apreciación es demasiado optimista porque a la vista de ella parecería que el problema de las aguas no existe en la Gomera, cuando la realidad es que existe y bien agudizado.

Es cierto que el norte de la Isla cuenta con caudales de agua, pero en el sur no los hay. Todas las obras que se están llevando a cabo, y las que todavía no son más que proyectos, tienden precisamente a equilibrar esa desigualdad, llevando al sur el agua que pueda recogerse sobrante del norte. Cuando esto se haya conseguido en su totalidad, resultará que extensiones considerables que ahora son absolutamente improductivas, suelo reseco donde ni la yerba más dura consigue sobrevivir, se convertirán por obra y gracia del riego en suelo cultivado, productivo y creador de nuevas riquezas.

Yo estuve con los ingenieros y el Presidente del Cabildo Insular visitando toda la comarca inmediata al Faro de San Cristóbal —allí tomé una taza del mejor café que he bebido en mi vida— en la que ya es realidad esta ambición de las autoridades provinciales y de la isla. Una considerable extensión de terreno baldío se había transformado en un campo que producía tres cosechas anuales de distintos frutos. Como ejemplo práctico, este caso prueba lo que podrá conseguirse pronto, cuando las obras hidráulicas estén en pleno rendimiento en la Gomera y todas las tierras del sur se riegan con el sobrante de las del norte.

Pero el agua no sólo se consigue abriendo pozos o construyendo embalses, sino que se hace preciso atraerla mediante lluvia frecuente. ¿Cómo? Repoblando de árboles todos los lugares de la isla que sean propicios. La riqueza forestal procuraría a la Gomera un caudal de agua que incrementaría las que ahora consigue y facilitaría el riego de las tierras secas del sur. En un tiempo la isla tuvo bosques, pero las talas constantes y arbitrarias la dejaron casi pelada

de árboles. Bien es verdad, y ello disculpa a quienes llevaron a cabo o permitieron aquellas talas, que ese mismo mal ha aquejado a la Península durante siglos. Pero así como en la Península se está recuperando el tiempo perdido, es preciso incrementar en la isla la repoblación forestal, fuente segura de agua y de riquezas consiguientes.

Recuerdo que en el camino de Hermigua a San Sebastián de la Gomera estuve un buen rato en la cuneta esperando que regresaran al coche los ingenieros que habían bajado al barranco a visitar las obras primarias de otra de más envergadura. Un hombre viejo que se detuvo a mi lado curioso, y a quien logré interesar con mi conversación para que no se fuese, me estuvo explicando el mecanismo de la *dula*, el agua que oficialmente le corresponde, a una hora determinada de un día determinado, con la que ha de regar sus tierras. Es agua gratis, diferente caudal de la que puede adquirir pagándola, como compraría en las otras regiones aceite para el motor de su noria.

Aquel hombre, un labriego sincero, hablaba del agua como de algo digno de ser nombrado con respeto. El cariño que sus palabras demostraban para con el agua que corría por la acequia, que pasaba bordeando la carretera, es imposible de describir, y desde luego, imposible de entender por quienes hayan nacido y vivan en regiones donde el agua abunda y corre gratis por todas partes, a veces con demasiada prisa y excesiva fuerza. Por eso ahora, distante y sin más ayuda que mi memoria, la isla de la Gomera es para mí una tierra con sed; no que se muere de sed, ni mucho menos, sino que necesita más agua y mejor aprovechamiento de la que por todos los medios le llega del cielo o del subsuelo.

Cuando las obras hidráulicas estén en todo su rendimiento y la repoblación forestal haya cubierto de verde las lomas desiertas, la Isla de la Gomera habrá multiplicado su riqueza y sus posibilidades. Ya sé que es una verdad de Perogrullo, pero a veces esas verdades son tan evidentes que no se advierten, o se olvidan en cuanto suena un cohete.

b) LA AGRICULTURA

LA agricultura en la Gomera es pura jardinería. Para un andaluz acostumbrado a grandes extensiones llanas sembradas de olivo o de viña, las tierras cultivadas en la Isla de la Gomera resultan auténticos jardines, como macetas o arriates hechos por mano de hombre para adornar el paisaje. No conozco contraste más impresionante que el de los valles gomeros, cuando se les ve de pronto, cansados los ojos de bajar barrancos de piedra negra, rojiza y siempre calcinada. El de Hermigua, cuando se le ve al salir nuestro coche del túnel; el de Agulo, visto desde el acantilado; el de Valle Gran Rey, al bajar desde Arure; el de Alojera, desde el Bailadero; el de Vallehermoso, desde El Espigón, o el de la Villa, desde el Molinito, son ejemplos de lo que quiero decir.

Es la agricultura del heroísmo, de la lucha del hombre contra el suelo árido, quemado de volcanes. Donde quiera hay un espacio que parece útil, el gomero levanta un muro y hace un bancal, que muchas veces ha de llenar con tierra de sembradura que trae de otro sitio, quizás lejano, del otro lado de la isla. Ese bancal necesitará para siempre un riego continuado y suficiente, y el problema del abastecimiento de agua para el campo surgirá donde quiera que uno nuevo se levante. Maravilla a quienes no hemos visto nunca cosa semejante la escalonada serie de bancales que en los valles gomeros van robando espacio al barranco en cuyo fondo han nacido. Si el gomero tuviese agua en abundancia, estoy por asegurar que llegaría con sus bancales hasta la cresta de los picachos y todo el suelo de la isla estaría sembrado. Cuesta trabajo imaginar nada más fértil que ese suelo, prácticamente artificial, cuando se riega bien,

y si el suelo de la isla que duerme quemado debajo de sus cuatro capas de lava era así de fértil, se explica que los antiguos llamaron a las islas Afortunadas.

En la Gomera se producen todos los frutos propios del Archipiélago. Hay plataneras, se siembran tomates y patatas, a veces dos cosechas seguidas, y pueden obtenerse frutas y forrajes diversos. Si la agricultura gomera contara, y contará pronto, con un suministro de agua para riego capaz de abastecer sus necesidades en toda la isla, de norte a sur, y medios de transporte suficientes, podrían aclimatarse otros frutos, árboles y semillas que ahora no se cultivan o se cultivan en escasa proporción. El sistema de siembra, labranza y recolección de sus campos y sembrados tiene características tan distintas de las tradicionales en la Península que merecen ellas solas un libro, mejor, una película que las diera a conocer a todos los que no pueden ir a verlo de cerca y personalmente.

El platanero, por ejemplo, o platanera, no es un árbol como creen mis amigos peninsulares. Me ha costado trabajo explicarles que no es una palmera frondosa que da cada año una o dos o tres piñas de plátanos que el gomero recoge y vende, sentándose luego a esperar que le nazcan al árbol otros racimos. Les he explicado que el cultivo del plátano se parece más a la jardinería o la huerta que a cualquier cultivo arbóreo. Que se trata de una planta que sólo vive un año y sólo da una piña de fruto. Que hay que cortarla para que en su lugar crezca un retoño, que con el racimo arriba le ha ido naciendo abajo junto al tronco. He tenido que enseñarles libros en los que consta que el platanero es de consistencia herbácea, aunque por su tamaño tome aspecto arbóreo, y que sus hojas verdes, lustrosas y de metro y medio de larga son muy sensibles, hasta el extremo de que el viento las desgarran como si fueran de papel de seda.

Este platanero canario, especie bien caracterizada, que no crecería en un clima que bajara de los 12° o subiera de los 30°, se da muy bien en la Gomera, como en la Palma y

Tenerife, aparte de en Gran Canaria. Representa una riqueza espléndida y bien merece que se les preste la máxima atención. Como la merece el tomate, ya que la isla de Gomera, con la de Gran Canaria y Tenerife, es una de las más propicias para este cultivo, menos exigente que el plátano en lo que respecta a la calidad del suelo, aunque mucho más en cuanto a los abonos. En la propia Gomera se han conquistado a la estepa y la piedra espacios para el cultivo del tomate, gracias a las obras hidráulicas en marcha que han permitido ya llevar agua a sitios donde nunca la había habido. Plátanos y tomates son en definitiva la base de la riqueza agraria de la Gomera, y para cultivarlos no se necesita sino suelo y agua. El suelo ya lo buscan los agricultores abancalando los barrancos. El agua está ahí, esperando la mano que la cuide, la transporte y la sirva a la tierra sedienta.

Pero no es el aspecto que podríamos llamar técnico de la agricultura gomera lo que más me ha impresionado. Lo que yo he notado en la isla es la falta de un Instituto Laboral de modalidad agrícola y otro de modalidad marítima, cuyas enseñanzas estuvieran a cargo de un personal especializado en el campo y la mar donde el gomero ha de vivir. No sólo se levanta un país con obras hidráulicas y carreteras, si el hombre que ha de utilizar los adelantos que la técnica pone en sus manos no está preparado para hacerlo con ánimo moderno y se aferra a sistemas anticuados o fuera de los usos corrientes en las demás comarcas competidoras. En la Gomera es necesario pensar en preparar a las nuevas generaciones con visitas a una evolución inmediata, que podríamos llamar sencillamente revolucionaria, distinta en absoluto, tanto en lo social como en lo económico, en lo industrial como en lo docente, de los sistemas de vida del hombre de la isla hasta hace no más de treinta años.

En la isla hay una vocación estudiantil manifiesta. El porcentaje de estudiantes de bachillerato es muy elevado, superior en mucho al de poblaciones similares de otras

regiones peninsulares. Es de suponer que no todos los muchachos que consiguen acabar sus estudios de bachillerato van a contar luego con medios para trasladarse a Tenerife o a la Península a continuar alguna carrera. Sería una solución magnífica para ellos el Instituto laboral, e incluso las escuelas de artesanía. El mundo futuro va a exigir conocimientos técnicos en todos los oficios, porque van a desaparecer los empíricos maestros artesanos que todo lo aprendían sobre la marcha. El territorio insular ofrece características distintas del peninsular, porque sus posibilidades de traslado son distintas, y es necesario que el estudiante gomero tenga un camino abierto a sus posibilidades cuando sienta el deseo de cursar estudios. La clase media y obrera saldría ganando mucho con esos establecimientos docentes.

Un problema social advertí en la Gomera: la emigración. En el camino de América desde siempre, el hombre de la Gomera, y de las demás islas atlánticas, siente una instintiva tentación de embarcarse rumbo al mundo de lo maravilloso, en busca todavía del fabuloso Eldorado que buscaron inútilmente nuestros conquistadores y descubridores. Esa tentación no puede ser aplacada más que ofreciendo al emigrante posibilidades similares de vida en su propia isla. Si con el riego, las carreteras y las escuelas especiales de artesanía e institutos laborales el muchacho gomero encuentra en su tierra un nivel de vida decoroso y un porvenir suficientemente asegurado como para garantizarle un hogar cómodo y un trabajo bien remunerado, no emigrará. La tentación de Eldorado se aplaca cuando en la propia casa tiene uno lo suficiente para vivir con decoro. No es que la emigración sea mala en principio, ni muchísimo menos, sino que en buena parte es provocada por las circunstancias adversas de la vida en el país propio. Mejorando ésta, aquella disminuirá hasta el límite natural y eterno que desde siempre ha movido a los hombres a irse por el mundo en busca de la aventura, el oro y la fama.

c) EL MAR.

EL mar es para la isla camino y fuente de riqueza. Por el mar llega y se va lo que a la isla se refiere, y en el mar está esperando día y noche la inagotable cosecha de la pesca, que es riqueza. El gomero primitivo no parece que fuese marinero, a juzgar por los vestigios que han sido hallados de su cultura. Puede que la costa representase para él demasiados peligros en potencia, y prefiriera la tierra adentro, donde a pesar de los profundos barrancos podía sentirse dueño y señor de la isla, siempre listo para avisar con su silbido característico la presencia en el camino de un desconocido.

El pescador de la Gomera actual es maestro en la pesca del cordel o liña, y suspira por las artes de cerco, la jareta, los sardinales y las bogueras, sus armas más usuales. Anda siempre a remo, aunque también tenga barcos de motor, y en el total de los pueblos costeros insulares podrían reunirse hasta centenar y medio de embarcaciones de pesca. Otras tantas familias viven del mar en la Gomera, ajenas al quehacer agrícola, despegadas en cierto modo del problema del agua y de los banales nuevos, pero inquietadas en cambio por la suerte de las fábricas de conserva de la Rajita, Las Canteras o Playa de Santiago. En cierto modo, marineros son también y al mar están ligados los casi doscientos operarios de estas fábricas.

Los problemas de esta gente marinera no difieren gran cosa de los que afectan a todos los marineros del litoral español, peninsular e insular: como al agricultor le duele el viento que arrasará sus plataneras, al pescador le duele el que no le dejará salir a la mar o le ahuyentará el atún y la caballa, sus principales fuentes de ingreso. Porque la caba-

lla, el atún y la sardina, sometidas a no sabemos que extraña disposición vital, abundan o desaparecen sin que nadie pueda predecir una cosa u otra, el gomero del litoral ha aprendido en muchos casos el oficio de labriego, y cuando la mar se muestra madrastra acude al regazo de la madre tierra, y cuando es esta la que se vuelve arisca, allí está aquella esperando para que el gomero tome los remos y el aparejo y salga como un valiente a la busca del pan suyo y de sus hijos.

Sin embargo algo hace que el pescador gomero esté en situación de inferioridad con los de otros litorales españoles y es que no puede beneficiarse de las ventajas que a la población marinera acarrea la existencia en su comarca de una Cofradía de Pescadores. Por ejemplo, la Caja Central del Crédito Marítimo puede conceder a los marineros de la Gomera un préstamo con la garantía de su barco recién construido, pero ese barco no puede construirse si no hay una Cofradía que adelante al constructor el importe, que luego será restituido, cuando listo el barco para la pesca la Caja abone al beneficiario el total de su costo. La existencia de una Cofradía de Pescadores es una de las necesidades urgentes de la población marinera de la isla, porque sin duda con ella se conseguiría elevar el nivel de vida de los hombres de la mar que en la isla viven.

La puesta en servicio del puerto de San Sebastián de la Gomera ha representado posiblemente el acontecimiento más importante de la isla durante los últimos cien años. Ha quedado atrás, para estampas curiosas que venden al turista caprichoso, aquel desembarco en lanchas, peripecia que a veces era aventura entre el costado del vapor y la tierra firme. Con calado de ocho metros y sus doscientos trece metros de longitud pueden atracar en él barcos de considerable tonelaje, y por él tienen salida fácil las mercancías de la isla, y llegada cómoda los suministros necesarios y los pasajeros. Con la puesta en servicio de este puerto se han hecho innecesarios los servicios provisionales que

durante años y años sirvieron para la carga y descarga en otros lugares estratégicos de la isla.

Porque lo he visto, recuerdo ahora con emoción el espectáculo curioso de quienes se acercan al muelle a presenciar la llegada o salida de barcos de pasajeros, los correos familiares, cuya tripulación son como gente de casa, amigos de siempre. Para el gomero, el barco es lo que para los peninsulares de tierra adentro el tren o el autobús interurbano, y el muelle, la estación donde se acude con la esperanza disimulada de que entre los que llegan venga alguien que nos traiga esa noticia sensacional y siempre esperada que no acaba de llegar nunca. Al que llega le sorprende el paisaje urbano de San Sebastián de la Gomera, plantado en el cauce del Barranco de la Villa, sombreado de laureles, adornado de palmeras.

Arriba, en los dos extremos de la bahía, hay dos cruces altas, cara al mar. Dicen los gomeros, no se si para burlarse de los forasteros o porque realmente sea así, que los antiguos habitantes de la isla, al hacerse cristianos, engañaron al Diablo con no se sabe que promesas, y le hicieron entrar en el Barranco de la Villa, encerrándolo allí para siempre con la compuerta de las dos cruces, ya que por no verlas el Maligno no se asoma a la mar. La leyenda es típicamente marinera, y en ella se ve soterrada la inquietud por el tiempo que ha de hacer en la mar y el deseo de todos los gomeros de contribuir de algún modo a evitar que sea malo. Las cruces abundan en lo alto de los acantilados gomeros, como un símbolo de religiosidad y como una súplica al Todopoderoso para que cuide de los marineros.

Una de las cosas que más me llamó la atención cuando visité la isla fue comprobar que todos o casi todos los párrocos son jovencísimos. Nunca había visto curas tan jóvenes con tanta responsabilidad encima, cargados con el peso de un esfuerzo que en otras diócesis está confiado a sacerdotes maduros en edad y en experiencia. Cuando se lo decía, ellos sonreían y señalaban al cielo como diciendo

que a él se le debía el éxito. Estos sacerdotes me enseñaron mucho de lo que yo necesitaba aprender sobre la Gomera, sus costumbres y sus antigüedades, y me hablaron de cosas presentes, de Colón y de Padrón, del Conde y del Obispo, del puerto y de la iglesia. Les vi otra vez en Valle Gran Rey, y su conversación será entre los recuerdos de mi viaje a la Gomera una de las más agradables. Cuando veníamos hacia San Sebastián de la Gomera en la falúa, el párroco de la Villa probó que era mucho mejor marinero que yo. Quiero que conste mi confesión, en prueba de humildad.

Así que, teniendo la isla un puerto de tan estupendas condiciones como el de San Sebastián de la Gomera, una población marinera y de industrias afines a la pesca bastante numerosa, una producción de frutos y artículos de ineludible exportación y una capacidad de consumo suficiente, quizás no le falte para estar completa en este aspecto de su actividad vital más que dos cosas fundamentales: un Instituto Laboral de modalidad marítima y pesquera, y una Cofradía de Pescadores, no ya propia, sino interinsular. En la isla hacen falta patronos de pesca, constructores de barcos, técnicos en la navegación costera y de mediana altura, pescadores instruidos en las modernas técnicas. Si algún día hay en la Gomera un Instituto habrá personal especializado enseguida, y habiendo este personal y contando con la ayuda de la Cofradía habrá astilleros para construir en ellos las embarcaciones precisas a la isla, y como resultado de todo crecerá el bienestar y subirá el nivel de vida de los marineros insulares.

El mar está tan cerca de los gomeros que tendrían que cerrar los ojos para no verlo en cualquier punto de la isla. Por el mar le llegó siempre la novedad, y con ella la fortuna o la desventura, y por el mar se fueron siempre aquella y esta. La mar, en femenino, es para la isla sangre y vida. La isla necesita estar constantemente asomada al mar, acariciándolo y mimándolo... Y dejándose acariciar y mimar por él, desde luego.

d) LAS COMUNICACIONES

LA isla necesita carreteras y caminos. Tiene ya muchos, pero necesita más. Cuantos más tenga mejores posibilidades de riqueza habrá en las comarcas que todavía están apartadas de las carreteras principales. Ahora hay carreteras buenas desde San Sebastián de la Gomera a Vallehermoso, por Hermigua y Agulo; otra desde Arure a Valle Gran Rey y Playa de Santiago; otra al Llano de la Villa; varias en construcción, al Cedro y a Chipude... Pero son necesarias más. Aunque parezca una utopía, la isla tiene que conseguir que haya una carretera que permita ir en automóvil cómodamente desde San Sebastián de la Gomera a Hermigua, Agulo, Vallehermoso, Arguamul, Alojera, Arure, Valle Gran Rey, La Rajita, Almácigos, Tañe, Vegavera, Playa de Santiago, el Cabrito y San Sebastián, otra vez, rodeando la isla por completo. Y una red de carreteras o pistas suficientes entre esta carretera general de circunvalación y el resto de los pueblos del interior, de modo que cualquiera de ellos esté junto a una vía de comunicación que le permita estar a dos horas de automóvil de la costa o de la capital de la isla.

Naturalmente esto no es posible en un momento, ni fácil siquiera, pero en su necesidad todos estaremos de acuerdo. Las obras públicas están ahora en un período de actividad como nunca se había conocido en la isla, y la red de pistas que se están construyendo representarán un gran avance en este aspecto. Las agrupaciones urbanas no crecerán ni se modificarán hasta que la carretera pase por ellas, y con la carretera les llegará la inquietud de mejorar en todos los índices de la vida local, y se facilitará por este medio el intercambio personal con el resto de la isla. Junto

al riego hay que llevar a todos los rincones de la isla la carretera que permita la salida de los productos que la tierra regada proporcionará enseguida. Ya se que aquella topografía gomera es de dificultad casi insuperable para la construcción de vías de comunicación, pero habrá que salvarlas para que la isla crezca cuanto tiene que crecer. De nada sirve el puerto de San Sebastián si las tierras que ya están en cultivo, y las que van a estarlos pronto merced a las obras hidráulicas en marcha, encuentran dificultades para bajar a la Villa sus productos.

Buenas carreteras, muchos caminos auxiliares, fácil servicio de correos, permanencia en la comunicación telefónica y telegráfica, barco diario a Santa Cruz de Tenerife, periódicos del día para los gomeros, prensa madrileña de ayer... Ya comprendo que es demasiado pedir, pero no hay otro remedio que apuntar la necesidad. El forastero que no sea insular, persona nacida y criada en la península, tierra adentro, para la que el mar es una novedad y la isla también, tanto si va allí de turista, de servicio porque sea funcionario, a vivir para siempre porque le parezca la isla un lugar maravilloso como lo es, se sentirá más cerca de su tierra lejana si tiene a mano medios de comunicación abundantes y fáciles. Ya se también que hay en la Península zonas peor comunicadas que la isla de la Gomera, pero eso no quiere decir sino que el mal es general y que en todas partes hay que arreglarlo.

La Gomera es una isla maravillosa, impresionante sus paisejes, lleno de posibilidades su agricultura, capaz su industria de la pesca, rica su historia, bastante su riqueza... Dadle carreteras, teléfonos, telégrafo, correo, prensa, cine... Y en poco tiempo habremos hecho de ella un lugar en el Atlántico listo para servir de meta a los hombres de negocio, los capitanes de industria y los turistas generosos de su dinero.

e) LA PROPAGANDA

PARA los no iniciados apenas significa nada decirles que las Islas Canarias están entre los 27° 37' 33" y 29° 24' 44" de latitud Norte y 7° 7' 30" y 11° 57' 30" de longitud Oeste de San Fernando. Sin embargo le resultará a todos sugestivo saber que las islas Afortunadas están en la misma latitud que el Sahara y el Alto Egipto, el Norte del Mar Rojo, la Isla de Ormuz en el Golfo Pérsico, la India septentrional y las provincias meridionales de China, algunos islotes del Archipiélago de Magallanes, la Baja California, Méjico y La Florida.

Conviene que se sepa en todas partes que desde la Península a la Isla de Alegranza, la más cercana, hay 1.049 kilómetros. Que de Tenerife a Gomera existe un canal de 27 kilómetros. Que la Isla de Gomera tiene 378,75 kilómetros cuadrados de superficie. Que el termómetro, por regla general, ni baja nunca de 10° ni sube de 28°. Que soplan con frecuencia los alisios, desde el N. E., y son pocas las lluvias, escasas las tormentas, frecuentes las nieblas... Hay que decir también, ¡como no!, que cuando sopla el Levante, el duro viento del S. E., suele dejar tras sí la desolación y la muerte.

Si alguien se siente tentado de averiguar la certeza de estas catástrofes, podrían referírsele la del 25 de octubre de 1722, cuando el viento levante derribó campanarios, árboles y edificios; o los temporales terribles de 1590 que arrasaron totalmente la Ermita del Socorro en Tegueste (Tenerife); o el que provocó la inundación que en 1615 se llevó por delante, en Las Palmas, un puente que había sobre el Guinguada, destruyendo casas en las calles de la Herrería y de los Remedios; o el aluvión torrencial que en 1645 se llevó

ochenta casas del Barrio de los Reyes de Garachico (Tenerife), con la desaparición de casi seiscientas personas, quedando el puerto cegado y yéndose a pique cuarenta y seis embarcaciones; o el diluvio que anegó en una noche de 1713 el Convento de San Francisco de La Laguna (Tenerife); o las tormentas que en noviembre de 1749 casi arrasaron a esta misma ciudad, y las que en enero de 1766, marzo de 1791 y la de 1793 causaron cuantiosos daños en la isla de Gran Canaria...

Un relato largo para él solo merecería el temporal que en la noche del 7 al 8 de noviembre de 1826 azotó a las islas, causando destrozos en las ciudades y ocasionando víctimas en todas partes; o la tempestad que descargó sobre el archipiélago, con gran aparato de truenos, rayos y relámpagos, el 30 de noviembre de 1834...

Y a quienes con nosotros se interesaran concretamente por la Isla de la Gomera no habría más remedio que contarles los daños que ocasionó el desbordamiento del Barranco de la Villa de San Sebastián la noche del 30 de octubre de 1941, los que hizo el temporal de noviembre de 1950, y los que provocó el viento de marzo de 1959, cuyas consecuencias terribles fueron aminoradas por la generosidad y el celo de las autoridades insulares y de la primera autoridad de la Provincia. Nada menos que destrozó el temporal un 40% de la cosecha de plátanos, un 50% de la de tomates y el total de las patatas. Y los destrozos son pérdidas en el futuro, porque las fincas y las plantaciones devastadas no pueden ser puestas en cultivo a fecha fija.

Claro que esto es lo excepcional, no el pan nuestro de cada día. Es en cierto modo, el toque de atención que la Providencia suele dar de vez en cuando a unas islas que han sembrado por el mundo la fama de su buena fortuna, cuando la verdad es que son como una tempestad petrificada, reliquias del más grande cataclismo universal, donde cada metro de tierra sembrado y cada chorro de agua fresca valen como joyas, porque como a piedras preciosas y oro

fino ha tenido el hombre que conseguirlas, cuidarlas y conservarlas.

* * *

Cuando se escribieron las «Sinodales de Murga» en 1629 se dijo en ellas de la Gomera: «Governador, alcalde y escribano ay: la villa está desbaratada, y muy peligrosa de que por momentos la franqueen los enemigos, y de repente: y assí los que tienen algo precioso, lo guardan en el campo, porque la isla por allá es inaccesible, de terribles montañas y barrancos. Es isla donde se cría y labra mucha seda. Ay de todos frutos, y frutas: ay casas juntas y apartadas por aquellos valles: cógese pan y vino en dos partes; tiene quien les diga missa, y no vienen tan de continuo a la villa. Ay en Armigua dos o tres frayles dominicos, que ellos llaman convento...»

En su «Descripción de las Islas Canarias», escrita allá por el año 1590, Torriani pinta a la isla «redonda, igual, hermosa, y de todas la más agradable a la vista; porque, además de la benignidad y alegría del cielo, está llena de suaves collados, valles con selvas espesísimas de árboles que, gozando de un eterno verano, nunca pierden sus hojas... En la parte del sur, con extensión de cinco millas, estéril, seca, sin agua; en la parte del levante, por igual espacio, tiene pocos árboles, excepto en algunos barrancos que tienen agua... Por esta parte (el norte) tiene muchos ríos y fuentes corrientes, que se pierden sin aprovechar, como tampoco se aprovechan las tierras, por faltar los agricultores que las labren».

Una curiosa noticia dada por Torriani vale para calcular los efectos del régimen de señoríos en islas del tipo de la Gomera. Dice el italiano erudito que el que hubiese pocos habitantes en la isla tenía por causa que esta era de cuatro señores, «junto con la del Hierro, y como los cuatro, por su pobreza, viven solamente de contribuciones, todos huyen de aquí y no hay hombre que quiera vivir en ella;

mientras que, si fuese del rey, como son las demás, sin duda sería la más poblada de todas». Apenas hacía siglo y medio que Letancurt había convertido a los gomeros a la fe cristiana, y quien sabe si algunos no añorarían en secreto a sus antiguos señores Aberbequeie, Aguaboreque, Auhagal y Unihepe, alguno de ellos el poeta creador de una *endecha* gomera que parece una copla para ser cantada por soleares en los aljarafe de Córdoba:

Decidle a la yedra verde
que mire al árbol que trepa,
que si él cae ella se pierde...

* * *

Posiblemente el acontecimiento más extraordinario, de cuantos conviene divulgar para conocimiento de los valores históricos de la isla de la Gomera, sea la presencia en ella, repetidas veces, de Cristóbal Colón. Toda la historia de los condes, aunque tiene un indudable interés suena en realidad a cosa conocida, porque condes, rebeliones de súbditos, asesinatos, venganzas, piratería y aventuras más o menos heroicas hay a millares en las crónicas de nuestra Patria y en el romancero general. No es la Torre del Conde la que ha de llevar hasta la Gomera a los turistas estudiosos y aficionados a pisar lugares históricos, sino la playa de San Sebastián, en cuya arena dejó las huellas de sus sandalias el extaño almirante de la Mar Océana.

Hay quien dice, incluso, que fué en La Gomera donde Colón conoció al fabuloso personaje Alonso Sánchez de Huelva, quien le trasladaría noticias y seguridades para el viaje al otro lado del mar Tenebroso. La historia de este encuentro es más que conocida, pero casi nadie sabe que pudo ser, y quizás fué, en la Gomera y no en Portosanto donde Alonso el de Huelva llegó a punto de muerte con tiempo justo para dialogar con el genovés. Solo por esta circunstancia merece San Sebastián de la Gomera estar in-

cluido en las rutas colombinas y en los itinerarios evocadores del Descubrimiento de América.

Ahí está todavía la casa en que según la tradición vivió el Almirante. Yo mismo he estado en ella, y he imaginado bajo sus vigas secas la figura del contradictorio navegante que nos llegara desde no se sabe donde. Que estuvo Colón en la Gomera varias veces, por espacios de tiempo más o menos considerable, es un hecho rigurosamente histórico y comprobado. Los gomeros tuvieron el privilegio de conocerle pobre y desarrapado, calenturiento de aventuras y viajes a mundos fabulosos donde los reyes vivían en palacios de oro. Yo he imaginado al Colón prerabideño en el paisaje espectacular del actual valle de San Sebastián de la Gomera, quien sabe si descansando a la sombra de los mismos viejos laureles que aun sombrean la Plaza Principal.

Los propios gomeros, que le habían visto pobre, le vieron luego vestido a lo virrey, soñador de mundos que tenía ya al alcance de la mano. «Todo el pueblo se apiñó en las callejas de la villa para verle pasar, imponente y majestuoso, como en un cuento de hadas», dice don Antonio Rumeu. Desde la Torre del Conde he mirado despacio, al atardecer, en toda su extensión, la bahía de San Sebastián, de Cruz a Cruz, y mis ojos han repasado lentamente las aguas intentando imaginarme donde estarían fondeadas las carabelas, las mismas en que mis paisanos andaluces habían embarcado el 3 de agosto porque se lo había pedido bajo palabra Martín Alonso Pinzón. He querido imaginarme allí mismo las faenas del aprovisionamiento, las últimas copas que tomaran los marineros, los últimos adioses del Almirante...

San Sebastián de la Gomera tiene derecho a estar escrito con letras de oro en los anales del Descubrimiento, a que se celebren en la villa «fiestas colombinas» del 2 al 6 de septiembre, fechas en que las carabelas descubridoras estuvieron fondeadas en su puerto antes de iniciar definitivamente el viaje que acabaría en el Nuevo Mundo. Cada año, el Día de la Hispanidad, debería celebrarse en la Gomera

una fiesta marinera, con asistencia de algún buque de guerra, con la presencia de los barcos de la isla, con actos académicos, en fin con todo el alegre y bello fervor con que celebra Huelva, por ejemplo, las fechas del 3 de agosto, iniciación de la partida hacia la gran aventura. Y naturalmente, esa Casa de Colón que hay en la Villa debería de estar lista para ser visitada, cuidada como monumento de valor histórico, adornada quizás con alguna lápida que recordara la circunstancia singularísima, aunque había de ser más expresiva, desde luego, que la que hay a la puerta de la Iglesia.

Todas las circunstancias sobre la estancia de Colón en las islas Canarias han quedado más que explicadas en la obra exhaustiva del profesor Alejandro Cioranescu. «Colón y Canarias», y a ella remito a los curiosos. Lo que importa aquí es el hecho cierto del paso de Colón por la Gomera, y la necesidad de que el hecho sea recordado cada año de algún modo para honra de los gomeros. Sería asimismo conveniente que en ese día festivo se explicaran a los niños lecciones especiales sobre el Descubrimiento y la colaboración de la Gomera en el mismo. Buena ocasión para referirles a grandes y pequeños toda esa serie de menudas noticias que nos han transmitidos los autores contemporáneos del Almirante, y que a tanta distancia resultan evocadoras y sugestivas por lo que nos traen de prueba caliente y viva de los gomeros de aquel siglo.

Por ejemplo, contarles lo que dice Las Casas de que los tripulantes de las carabelas descubridoras compraron en la Gomera ocho cerdas a setenta maravedises cada una, de las cuales descenden todos los cerdos que hay y habrá por siempre en América; como se llevaron también semillas de naranjas, limones, cidras, melones y otras hortalizas, amén de un buen número de gallinas.

O aquella vez que llegando Colón al puerto de San Sebastián de la Gomera se encontró con que estaba allí un pirata francés haciendo de las suyas, y como el pirata huyó, y como el Almirante mandó perseguirle, y como cuando le

trajeron algunos franceses prisioneros mandó «castigarlos», cosa que no hizo porque le pidió gracia para ellos el gobernador Alvaro de Lugo, que quería utilizarlos como rehenes para su intercambio con unos gomeros que estaban prisioneros de los piratas.

Porque sus palabras resumen en realidad lo que aquí se quiere decir, copio al profesor Cioranescu literalmente: «La Gomera es una tierra modesta, hoy más bien pobre, a pesar de su antigua prosperidad. En nuestros tiempos, ha quedado fuera de las grandes rutas marítimas, que tan fielmente había servido antaño. Lejos del impulso económico de las grandes escalas, lejos del maná del turismo, la Torre del Conde es un monumento injustamente olvidado. De no haber mediado las circunstancias que indicamos, era sin duda alguna el lugar más indicado de todas las islas para evocar digna y apropiadamente la figura extraordinaria del ilustre navegante, y para recordar que a partir de allí empezaron, en siglos pasados, las grandes aventuras y las grandes hazañas que forman una de las mejores ilustraciones de España».

En resumen hay que hacer propaganda de la Gomera, decirles a todos como es, qué produce, cual es su historia, cuales sus leyendas, quienes sus hijos preclaros, en que medida ha estado presente en los grandes acontecimientos mundiales desde siempre... Eso de que el buen paño se vende sin necesidad de sacarlo del del arca es un eufemismo. El buen paño se vende enseñándoselo al posible comprador para que lo vea, lo palpe y lo examine con cuidado hasta convencerse de su bondad. La Gomera está injustamente olvidada, y hay que hacer cuanto sea preciso para ponerla en el lugar que le corresponde, especialmente, en el sitio de privilegio que tiene derecho a ocupar en el censo de lugares ungidos con la gracia, con el carisma singular, de haber sido escenario del más trascendental de cuantos sucesos ha conocido el género humano, «excepción hecha de la pasión y muerte del que lo creó».

f) EL TURISMO

DUDO que haya en el mundo lugares más bellos que los verdes valles de la Isla de Gomera. La presencia del Atlántico, la autenticidad de la vegetación tropical, el clima delicioso y la natural cordialidad y generosidad de los gomeros hacen de esta isla un verdadero paraíso. Desgraciadamente, el paraíso gomero tiene las puertas cerradas. Por eso es necesario abrirlas de par en par, echar al aire los cohetes de la propaganda leal, procurar que los visitantes de la isla encuentren en ella las comodidades que otros lugares turísticos le están ofreciendo todo el año y a todas horas.

Puede aprovecharse las enseñanzas obtenidas con la observación cuidadosa de los turistas de todo el mundo que han visitado otras islas del Archipiélago: «Los alemanes, escandinavos, austriacos y suizos prefieren siempre lo nuevo, aman la puntualidad y no admiten variaciones en los programas trazados con anterioridad a su llegada. Eligen hoteles sencillos y cómodos, en las cercanías de las playas. Son amigos de las diversiones típicas y distracciones originales y buscan la convivencia y el trato con los hijos del país. Los ingleses piden hoteles de gran confort y prefieren la luz del sol, el silencio, el reposo y la absoluta tranquilidad...»

Al que hizo el estudio se le olvidó incluir a los propios españoles, que por razón natural han de ser los más interesados en conocer este espléndido rincón de la Patria. Las Canarias en general, y la Gomera en particular, deberían ser los sitios ideales para el turismo español, como lo son ya otras regiones o ciudades que han conseguido su prestigio y su fama en los últimos años a costa de un esfuerzo

en ofrecer a sus visitantes comodidades tanto en los viajes como en la estancia. Tengamos en cuenta que pocas regiones del mundo podrían ofrecer una gama de posibilidades turísticas como esta: un suelo y un paisaje subtropical, similar al de Egipto o Berbería, desde la costa hasta los 1.200 pies de altura, que se alcanzan en una distancia de 360 metros; una zona mediterránea o de cultivo europeo, idéntica a la Italia central o al mediodía de Francia, entre los 1200 y los 2500 pies de altura; una región de bosques de verdor perenne, equivalente a la Lombardía, desde los 2500 a los 4100 pies; otra de pinos, semejante a Escocia, el norte de Francia y Alemania, entre los 4100 y los 5900 pies; y hasta la región desértica de la retama, en las lomas del Teide tinerfeño, cerca de los cuatro mil metros de altura. El viajero puede ir encontrando en un mismo camino higueras, olivos, dragos, mocanes, tilos, laureles, pinos (de una especie única en el mundo) y retamas, la precursora y compañera de las nieves. Ningún país podría ofrecer otro tanto en tan poco espacio.

La Gomera tiene todo lo que el turista más exigente podría querer encontrar durante sus vacaciones. Desde la novedad de su lenguaje silbado hasta la impresionante majestad del *tajaraste*, esa danza sugestiva que tiene sin duda miles de años de antigüedad, que quizás era la que bailaban los primitivos guanches gomeros durante sus sacrificios, en lo alto de la Fortaleza de Chipude, o a la orilla del mar, o durante los enterramientos de sus Jefes, o cuando la necesidad del agua los empujaba a pedirla con danzas y canciones a los viejos dioses terribles de la isla.

Para los aficionados a la navegación tendrá la emotiva circunstancia de que el puerto de San Sebastián de la Gomera haya sido siempre considerado como «el mejor de cuantos hay en las islas», según decía de él Torriani, y fuese durante siglos visita obligada de todos los navíos que pasaron a Indias; punta final de Europa, «do los mercatantes comienzan derrota», que decía Vasco Díaz.

Para los curiosos de la historia, San Sebastián de la Gomera puede ofrecer aparte de los vestigios visibles del condado y de la estancia y visitas repetidas de Colón, la seguridad de que sus calles fueran un día paseadas por los más relevantes personajes de aquella gente entre real y legendaria, toda ella digna del romance, que caminó hacia América después del Descubrimiento: estuvo allí Hojedados o tres veces, una con Américo Vespucio; y Vicente Yáñez, y Fray Domingo de Mendoza, que exorcizó en la isla a una mujer endemoniada; y Pedrarias Dávila, que escribió en San Sebastián de la Gomera una carta al rey, fechada el 7 de mayo de 1514; y Fray Bartolomé de las Casas, Fray García de Loaysa, Juan Sebastián Elcano, Simón de Alcazaba, Hernando de Soto...

Para otros será interesante saber que las caña de azúcar, hoy riqueza casi fabulosa en el Caribe, fue llevada por los conquistadores desde las islas Canarias, la Gomera entre ellas; y que un Alonso de Valladolid, vecino de la Gomera, llevó a la Española seis camellos, que debieron morir de pena porque no se supo nunca de ellos ni de que dejaran descendencias; y que el plátano canario fue llevado a las Antillas por un fraile, Tomás de Berlanga; y que otro intentó aclimatar en América las vides canarias, de fruto tan rico; y lo de las cerdas que ya he contado antes...

Muchos turistas piadosos acudirían a visitar a la Santísima Virgen de Guadalupe en su santuario de Puntallana, porque esta advocación mariana y su devoción en la Gomera tiene una gran importancia para aquellos que tengan cierto interés en indagar el origen de las denominaciones y sus trasplantes de Europa a América. Quiero decir que el santuario de Guadalupe en la Gomera no es uno más de cuantos pueden hallarse a centenares en la geografía española, sino uno muy singular, antiquísimo, ungido de leyendas y milagros, mitad de camino entre la Extremadura que dio los conquistadores y el Nuevo Mundo Guadalupano que se fundió con ellos:

La Gomera puede enorgullecerse de su bosque del Cedro, tan bello como el más bello que otra región cualquiera pueda ofrecer a sus visitantes. Hay en él variedades de laureles de notable belleza y difícil aclimatación en otros climas, brezos gigantescos que alcanzan a veces altura de catorce metros, helechos arbóreos de singularísimas proporciones, aceviños, hayas... Y de su sinfonía basáltica del acantilado de «los Organos».

Es decir, que la Gomera puede convertirse en un paraíso para el turismo, porque hay en ella una serie de contrastes que difícilmente se hallarían en parte ninguna: playas deliciosas, bosques hermosos, algún rincón seco y desierto, cien valles de belleza impresionante y vegetación tropical lujuriosa, cauces vacíos junto a pozos abundantes de agua... Pero el turismo necesita un sacrificio previo por parte de los lugares que han de aprovecharse de él.

El sacrificio está en conseguir que el turista tenga en la isla comodidades. Hacen falta carreteras cómodas, hoteles de diversa categoría y capacidad, fáciles comunicaciones con Tenerife... Quizás habría que construir en San Sebastián de la Gomera un Parador de la red de la Dirección General de Turismo, suficiente para el servicio de la isla, hoy casi totalmente privada de establecimientos hoteleros de toda índole. Si se estudia un programa de adaptación de la Gomera a las necesidades del moderno turismo, no habrá ninguna otra isla en España que pueda hacerle competencia en rincones bellos que ofrecer a la curiosidad de propios y extraños. Ahí está la isla, sus valles y sus posibilidades, pero el buen paño no se vende ya dentro del arca... Hay que airearlo y vocear su precio y calidad por todos los medios, procurando que su fama llegue a todos los rincones del mundo. Es el signo de los nuevos tiempos...

Quizás sería necesario empezar por hacer una guía literaria de la isla, pueblo por pueblo, valle por valle, barranco por barranco, bosque por bosque, puerto por puerto, allí donde haya un rincón bello, o un «bailadero» desde el que

se divisé un paisaje maravilloso, o una perspectiva extraña... Una guía que explicara a todo el mundo como es la Isla de la Gomera, ilustrada con muchas fotografías, con mapas, con planos, con esquemas de sus costas, con noticias sobre lo que un aficionado puede pescar en superficie o bajo el agua... Sería una obra que daría a quien la patrocinase, a quien la hiciera realidad la tranquilidad de conciencia de haber contribuido a poner en circulación una moneda de oro que nadie conoce porque está olvidada y oxidada en el fondo de una bolsa.

Este librito-guía, un Parador de Turismo y un servicio de comunicaciones más flexible podrían conseguirse en fecha no muy lejana, y ello sería el principio de la campaña. Ya se están haciendo las carreteras, los caminos y las pistas; ya son realidad varios embalses y otros muchos están a punto de ser terminados a comenzarse; ya hay puerto eficaz en San Sebastián de la Gomera; ya están listos para recibir turistas y para admirarles con sus bellezas los valles gomeros... Ahora el hotel, la guía y la sonrisa... Lo demás será dado luego, poco a poco, mucho a mucho, según sea el comportamiento de los propios gomeros, por añadidura...



INDICE

Preámbulo	7
Esto ví	9
...y esto se me ocurre	15
a) El agua	15
b) La agricultura	19
c) El mar	23
d) Las comunicaniones	27
e) La propaganda	29
f) El Turismo	36
Índice	41

Se acabó de imprimir esta obra
en los Talleres de GOYA ARTES
GRAFICAS el día 24 de septiem-
bre de 1959

N.º 6.—Un Andaluz en la Isla de Gomera, por Domingo Manfredi Cano (Ensayos)

N.º 1.—Los Milagros, por Eme-terio Gutiérrez Albelo (Poesía)

N.º 2.—Altos Crecen Los Cardos, por Rafael Arozarena (Poesía)

N.º 3.—El Misterio de la Femi-nidad, por el Dr. López Ibor (Ensayos)

N.º 4.—Poemas de la Isla y otros Cantos, por Luis Alvarez Cruz (Poesía)

N.º 5.—La Lección de Alexis Ca-rrel, por el Dr. Tomás Cerviá (Ensayos)

